2. MODELOS Y MÉTODOS

En este capítulo nos ocuparemos de cuatro enfoques que son comunes a varias disciplinas, pero sumamente controvertidos en algunas de ellas. En sus cuatro secciones se tratarán respectivamente la comparación, el uso de modelos, los métodos cuantitativos y, por ultimo, el empleo del "microscopio" social.

LA COMPARACIÓN

La comparación siempre ha tenido un lugar central en la teoría social. De hecho, Durkheim afirmó que "la sociología comparativa no es una rama especial de la sociología: es la sociología misma". Destacó el valor del estudio de la "variación concomitante", en particular como una especie de "experimento indirecto" que permitía al sociólogo pasar de la descripción de una sociedad al análisis de por qué adopta una forma determinada. Distinguía dos tipos de comparaciones, y abogaba por los dos. En primer lugar, las comparaciones entre sociedades fundamentalmente de la misma estructura o, como lo expresó en forma reveladora, "de la misma especie", y en segundo lugar, comparaciones entre sociedades esencialmente diferentes.[1] La influencia de Durkheim en la lingüística comparativa y la literatura comparada es evidente sobre todo en Francia.

Por otra parte, los historiadores tendían a rechazar la comparación, afirmando que su objeto de estudio era lo particular, lo único, lo irrepetible.[2] Pero para esta objeción clásica hay una respuesta también clásica,

[1] Durkheim (1895), cap. 6; *cf.* Béteille (1991).
[2] Wildelband (1894); Collingwood (1935); Elton (1967), p. 23 y ss.

dada en 1914 por Max Weber al historiador Georg von Below en el curso de un debate sobre historia urbana. "Estamos totalmente de acuerdo en que la tarea de la historia es establecer lo que hay de específico, digamos, en la ciudad medieval; pero eso sólo es posible si antes descubrimos qué es lo que no hay en otras ciudades (antiguas, chinas, musulmanas)."[3] Sólo por medio de la comparación podemos ver lo que no está ahí, o dicho de otro modo, comprender la significación de una determinada ausencia.

Ése era el mensaje del famoso ensayo de Werner Sombart titulado *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, y también la estrategia subyacente en el ensayo del mismo Weber sobre la ciudad, donde sostenía que la ciudad de verdad autónoma sólo se encuentra en Occidente.[4] De hecho, Weber dedicó buena parte de su vida activa al intento de definir las características distintivas de la civilización occidental (en particular lo que llamaba su "racionalidad" institucionalizada), por medio de comparaciones sistemáticas entre Europa y Asia en las esferas económica, política y religiosa e incluso en la de la música. Prestó particular atención al surgimiento del protestantismo, el capitalismo y la burocracia en Occidente, sosteniendo que los tres fenómenos eran similares y estaban vinculados, y los contrastó con fenómenos de otras regiones (las que Reinhardt Bendix llama "concepciones de contraste" son fundamentales para el enfoque comparativo).[5]

Lo que estos ejemplos indican es que los dos enfoques, el particularizador y el generalizador (o el histórico y el teórico), se complementan mutuamente, y que ambos dependen de la comparación, ya sea explícita o implícita. Alguna vez el historiador estadunidense Jack Hexter dividió a los historiadores en "los que amontonan [*lumpers*]" y "los que dividen [*splitters*]", afirmando que los que dividen y discriminan son superiores a los que agrupan diversos fenómenos en un solo montón.[6] Por supuesto nadie quiere amontonar en forma burda, por incapacidad de hacer distinciones finas. Pero seguramente la capacidad de ver lo que diversos fenómenos tienen en común es una cualidad intelectual tan valiosa como la de ver cómo difieren fenómenos en apariencia similares. En todo caso, también dividir requiere un acto previo de comparación.

[3] *Cit.* en Roth (1976), p. 307.
[4] Sombart (1906); Weber (1920), pp. 3, 1212-1374; *cf.* Milo (1990).
[5] Bendix (1967).
[6] Hexter (1979), 242.

Entre los primeros historiadores que siguieron las huellas de Durkheim y Weber estuvieron Marc Bloch y Otto Hintze. Hintze aprendió el método comparativo de Weber, aunque limitó sus análisis a Europa. Se concentró en el desarrollo en distintos estados europeos de lo que Weber llamaba formas de gobierno "legal-racionales" o "burocráticas", señalando, por ejemplo, la importacia del surgimiento del *commissarius*, funcionario que no había comprado su cargo (como era habitual en la Europa de comienzos de la época moderna) y que, por tanto, podía ser suspendido por el rey a voluntad.[7]

Marc Bloch, por su parte, aprendió el método comparativo de Durkheim y sus seguidores, principalmente del lingüista Antoine Meillet,[8] y lo definía, igual que ellos, distinguiendo las comparaciones entre "vecinos" de las comparaciones entre sociedades muy distantes en el espacio o en el tiempo. Además lo defendía con las mismas razones, porque permitía al historiador "dar un verdadero paso atrás en la fascinante búsqueda de las causas".[9] Dos de los estudios comparativos de Bloch son particularmente famosos: *Les rois thaumaturges* (1924), que desarrolla una comparación entre dos países vecinos –Francia e Inglaterra– donde se creía que los reyes tenían el poder de curar las escrófulas tocando a los enfermos, y *La sociedad feudal* (1939-1940), que examinaba la Europa medieval pero que también incluía una sección sobre el Japón observando las semejanzas entre las posiciones de los caballeros y los samurai, pero destacando asimismo la diferencia entre la obligación unilateral que vinculaba al samurai a su señor y la obligación bilateral entre señor y vasallo en Europa, donde el miembro menor tenía derecho a rebelarse si el miembro mayor no cumplía su parte del acuerdo.

Los estudios comparativos adquirieron impulso después de la segunda guerra mundial, en especial en Estados Unidos, con el surgimiento de disciplinas como la economía del desarrollo, la literatura y la política comparadas. La fundación de la revista *Comparative Studies in Society and History* formó parte de la misma tendencia.[10] Aun cuando muchos historiadores profesionales todavía desconfían de la comparación, pueden señalarse varias áreas donde el método ha resultado sumamente fructífero.

[7] Hintze (1975).
[8] Sewell (1967); Rhodes (1978).
[9] Bloch (1928).
[10] Grew (1990).

En historia económica, por ejemplo, el proceso de industrialización suele ser visto en perspectiva comparativa. Siguiendo al sociólogo Thorstein Veblen, que publicó un ensayo acerca de Alemania y la revolución industrial, los historiadores han indagado si otras naciones siguieron el modelo inglés o se desviaron de él, y si los que llegaron tarde a ella, como Alemania y Japón, tuvieron algunas ventajas sobre sus predecesores.[11]

En el caso de la historia política, lo que más interés ha provocado es el estudio comparativo de las revoluciones. Entre las obras más conocidas de este género se cuentan el análisis de Barrington Moore de "los orígenes sociales de la dictadura y la democracia", que va de la Inglaterra del siglo XVII al Japón del XIX; el ensayo de Lawrence Stone, *Las causas de la revolución inglesa*, y el estudio de Theda Skocpol de Francia en 1789, Rusia en 1918 y China en 1911, como casos que "revelan patrones causales similares".[12] Moore hace un uso muy efectivo de la comparación como medio de probar explicaciones generales (le interesa lo que no encaja, igual que a Weber le interesaba lo que no está ahí). En sus propias palabras:

> Las comparaciones pueden servir como prueba negativa aproximativa de explicaciones históricas aceptadas después de enteramos de las desastrosas consecuencias que tuvo para la democracia la coalición de las elites agrarias e industriales en la Alemania del siglo XIX y comienzos del XX –el muy comentado matrimonio del hierro y el centeno– empezamos a preguntarnos por qué un matrimonio similar entre el hierro y el algodón no impidió el estallido de la guerra civil en Estados Unidos.[13]

En historia social, el estudio comparativo del feudalismo, inspirado por Marc Bloch, sigue floreciendo hasta hoy, con estudios tanto de la India y África como de Europa y el Japón. La proposición de que fue la mosca tsetse la que al atacar a los caballos, impidió el desarrollo de algo similar al feudalismo en el África Occidental, es uno de los más fascinantes estudios de "lo que no está ahí", como decía Weber.[14] El estudio comparativo de los patrones de matrimonio es el tema de un famoso estudio de John Hajnal que contrasta el sistema europeo occidental de matrimonio tardío, vinculado al establecimiento de un hogar independiente para los recién casados, con prácticas prevalecientes en el resto del mundo.

[11] Veblen (1915); Rostow (1958); Gershenkron (1962); Kemp (1978).
[12] Moore (1966); Stone (1972); Skocpol (1979).
[13] Moore (1966), pp. xiii-xiv.
[14] Goody (1969).

El estudio de Hajnal estimuló a su vez otros estudios comparativos, en especial un ensayo de Jack Goody donde se sostiene que el sistema de Europa Occidental fue creado por la Iglesia medieval, la cual desalentaba los matrimonios entre parientes con el objeto de aumentar sus propias posibilidades de heredar a los que morían solteros.[15] Empleando una estrategia muy similar a la de Weber, el antropólogo histórico Alan Macfarlane ha publicado una serie de estudios que intentan definir la anglicidad de la sociedad inglesa (individualismo, escasa inclinación a la violencia, una cultura particularmente compatible con el capitalismo, etcétera), por medio de comparaciones y contrastes con otras partes de Europa, de Polonia a Sicilia.[16]

No sería difícil agregar otros ejemplos a esta breve lista, pero posiblemente sean suficientes para demostrar que la historia comparativa cuenta con una serie de realizaciones sustanciales. También tiene sus peligros, dos en particular.

En primer lugar existe el peligro de aceptar con demasiada facilidad que las sociedades "evolucionan" según una secuencia inevitable de etapas. El método comparativo de Marx, Comte, Durkheim, Spencer y otros estudiosos del siglo XIX consistía esencialmente en identificar la etapa que había alcanzado determinada sociedad, en ubicar a ésta en la escala de la evolución. Hoy esta premisa ya no resulta sostenible para muchos estudiosos (véase *infra*, p. 156). El problema consiste entonces en hacer análisis comparativos que no sean ni evolucionistas ni estáticos como tendían a ser los de Weber, sino que tengan en cuenta los diferentes caminos que una sociedad puede recorrer.[17]

El segundo peligro es el etnocentrismo. Puede parecer extraño que señale este peligro cuando el análisis comparativo ha estado asociado, durante mucho tiempo, con la creciente conciencia que los estudiosos occidentales tienen acerca de las culturas no occidentales, pero el hecho es que, a menudo, esos estudiosos han tratado a Occidente como una norma de la que las otras culturas se desvían. "Feudalismo", por ejemplo, igual que "capitalismo", es un concepto originalmente formulado con base en la experiencia de Occidente. Es evidente el peligro inherente al intento de forzar la historia de otros pueblos para insertarlos en categorías occidentales de este tipo.

[15] Hajnal (1965); Goody (1983).
[16] Macfarlane (1979, 1986, 1987).
[17] Anderson (1974a, b).

El caso del "feudalismo" en el reino de Rajastán, en la India, por ejemplo, es una advertencia que muchos aspirantes a historiadores comparativos harían bien en tener presente. En 1829, James Tod presentó al público lo que llamó un "Esbozo de un sistema feudal en Rajastán". Basándose en la reciente *View of Europe during the middle age* de Henry Hallam (1818), Tod destacaba analogías relativamente superficiales entre las dos sociedades. Con la cabeza llena de los conceptos de Hallam, pasó por alto la mayor importancia de las relaciones familiares entre "señores" y "vasallos" en el caso indio.[18]

Otro problema es el de decidir exactamente qué comprar con qué. Los comparativistas del siglo XIX, como sir James Frazer, concentraban su atención en similitudes entre costumbres o rasgos culturales específicos, ignorando el contexto social donde se daban esas costumbres, que con frecuencia era muy diferente. Por eso sus análisis han sido criticados, igual que el de Tod, por superficiales.[19] ¿Cuál es la alternativa? Los funcionalistas (véase *infra*, p. 123) dirían que los auténticos objetos de estudio son los "equivalentes funcionales" en diferentes sociedades. Robert Bellah, por ejemplo, observando la discrepancia entre el éxito económico del Japón (ya en el siglo XVII) y la hipótesis de Weber acerca de la conexión entre el capitalismo y la ética protestante, sugirió que cierto tipo de budismo japonés era funcionalmente análogo a la "ética protestante".[20]

Pero en el proceso de solucionar un problema nos topamos con otros. El concepto de "equivalente funcional" forma parte de un paquete intelectual, el "funcionalismo", que es objeto de muchas críticas (véase *infra*, p. 123). En todo caso, los ejemplos de equivalentes funcionales no siempre son tan claros como el de Bellah. ¿Cómo se decide qué califica como análogo? Los comparativistas enfrentan un dilema. Si comparamos rasgos culturales específicos tenemos algo preciso y podemos observar su presencia o ausencia, pero corremos el riesgo de la superficialidad. Por otra parte, la búsqueda de análogos lleva a las comparaciones entre sociedades enteras. Pero, ¿cómo es posible comparar o contrastar en forma útil sociedades que difieren entre sí de tantas maneras diferentes?

Los problemas de la comparación en gran escala se hacen evidentes si observamos un ejemplo famoso, el enorme *Estudio de la historia*, de Arnold

[18] Thorner (1956); *cf.* Mukhia (1980-1981).
[19] Leach (1965).
[20] Bellah (1957).

Toynbee.[21] La unidad de comparación de Toynbee era una "civilización", y distinguía alrededor de veinte civilizaciones en la historia del mundo. Por supuesto, para que las comparaciones fueran posibles tuvo que reducir las civilizaciones a un pequeño grupo de rasgos, y además –como sus críticos señalaron de inmediato– tuvo que crear barreras artificiales entre las civilizaciones. Para complicar aún más las cosas, Toynbee no disponía de un aparato conceptual adecuado para un trabajo tan ambicioso. Al igual que Pascal cuando descubrió la geometría para sí mismo en la infancia, Toynbee creó sus propios conceptos, como "desafío y respuesta", "retirada y regreso" o "proletariado externo" –una ingeniosa adaptación de Marx para explicar las incursiones de "bárbaros" en los imperios–, conceptos que no eran suficientes para su enorme tarea. Es difícil resistirse a la conclusión de que un mejor conocimiento de la teoría social de su época hubiera sido de gran ayuda para Toynbee en su análisis. Durkheim, por ejemplo, podría haberlo iniciado en los problemas de la comparación, Norbert Elias (véase *infra*, pp. 171-173) en la idea de la civilización como un proceso, y Weber en el uso de modelos y tipos.

MODELOS Y TIPOS

Una definición preliminar de "modelo" podría ser que éste es una construcción intelectual que simplifica la realidad a fin de comprenderla. Igual que un mapa, su utilidad deriva de que omite por completo algunos elementos de la realidad. Además hace de sus elementos limitados o "variables" un sistema internamente coherente de partes interdependientes. La definición de "modelo" dada hasta ahora, permite afirmar que hasta los historiadores, con todo su compromiso con lo particular, utilizan modelos todo el tiempo. Una narración de la revolución francesa, por ejemplo, es un modelo en el sentido de que, forzosamente, tiene que simplificar los acontecimientos y además acentuar su coherencia a fin de contar una historia inteligible.

Sin embargo, quizá sería útil utilizar el término "modelo" en forma más estricta. Agreguemos un elemento más a nuestro modelo del modelo y digamos que es una construcción intelectual que simplifica la realidad a fin de destacar lo recurrente, lo general y lo típico, que presenta en forma de conjuntos de características o de atributos. Entonces modelos y

[21] Toynbee (1935-1961).

"tipos" se vuelven sinónimos, lo que quizá sea apropiado, ya que *typos* es la palabra griega que significa molde o "modelo", y Max Weber hablaba de "tipos ideales" (*Idealtypen*) en los casos en que los sociólogos modernos hablarían de "modelos".[22] Un ejemplo de modelo en el sentido en que emplearemos el término de aquí en adelante no sería "la revolución francesa" sino "la revolución".

Un ejemplo que aparecerá repetidamente en estas páginas es el de dos modelos contrastantes de sociedad, la "consensual" y la "conflictual". El "modelo consensual", asociado con Émile Durkheim, destaca la importancia del vínculo social, la solidaridad social, la cohesión social. El "modelo conflictual", asociado con Karl Marx, destaca la ubicuidad de "la contradicción y el conflicto sociales". Obviamente ambos modelos son simplificaciones, pero parece por igual obvio, por lo menos para este autor, que los dos contienen también importantes avances en la comprensión. Es imposible hallar una sociedad en la que no haya conflicto y, por otra parte, sin solidaridad alguna no hay sociedad. En todo caso, como trataré de demostrar más adelante, no es difícil encontrar sociólogos e historiadores que trabajan con uno de estos modelos y parecen olvidar el otro.

Hay historiadores que niegan tener nada que ver con modelos y afirman, como hemos visto, que su tarea es estudiar lo particular, en especial el acontecimiento único, no generalizar. Sin embargo, en la práctica, la mayoría de ellos utiliza modelos como el señor Jourdain, el personaje de Molière, utilizaba la prosa, sin darse cuenta. Con frecuencia hacen afirmaciones generales sobre sociedades particulares. El célebre ensayo de Burkhardt sobre el Renacimiento italiano se ocupaba explícitamente de "lo recurrente, lo constante, lo típico". Sir Lewis Namier estudiaba "por qué algunos hombres ingresaban al Parlamento" en la Inglaterra del siglo XVIII. Marc Block escribió un estudio general de la "sociedad feudal" donde especificaba las características principales de una sociedad de ese tipo (campesinado sometido, predominio de los guerreros, vínculos personales entre superiores e inferiores, descentralización política, etc.)[23] Desde hace alrededor de un siglo a los historiadores les resulta muy difícil evitar términos como "feudalismo", "capitalismo", "Renacimiento" o "Ilustración". Para evitar la palabra "modelo" a menudo se permiten ha-

[22] Weber (1920), pp. 1, 212-301.
[23] Burckhardt (1860); Namier (1928); Bloch (1939-1940).

blar de "sistemas" –la frase "sistema feudal" se remonta al siglo XVIII– o de la forma "clásica" o "de manual" del feudo [*manor*] medieval.

En un famoso ensayo polémico, el historiador económico alemán Werner Sombart advirtió a los historiadores económicos que debían tener en cuenta la teoría económica, porque sólo así podrían pasar del estudio de hechos aislados al estudio de sistemas.[24] En general, esos sistemas se examinan en forma de modelos simplificados. Así, los historiadores económicos emplean el término "mercantilismo" a pesar de que, como dice Eli Heckscher: "El mercantilismo nunca existió en el sentido en que existieron Colbert o Cromwell." Es un modelo, uno de los dos modelos utilizados por Adam Smith en sus famosos contrastes entre el "sistema agrícola" y el "sistema mercantil".[25] Del "capitalismo" es otro modelo del que resulta difícil prescindir, lo mismo que de la "economía campesina" analizada en un estudio clásico por Alexander Chayanov.[26] Otro tipo de organización económica que ha sido descrita con utilidad como un modelo que destaca características recurrentes es la ciudad-Estado. Por ejemplo, el dominio político de la ciudad sobre el campo que la rodea se combina a menudo con la exacción de una cuota de alimentos a bajo precio, porque el gobierno de la ciudad tiene más miedo de las revueltas urbanas por la comida que de las rebeliones campesinas.[27]

Historiadores políticos de muchas regiones y periodos diferentes encuentran indispensable el modelo "revolución", y además con frecuencia lo contrastan con "revuelta" (definida como una protesta contra individuos o abusos, más bien que un intento de cambiar todo un sistema). Se han propuesto explicaciones muy similares para revoluciones muy alejadas en el espacio y el tiempo. Por ejemplo, Lawrence Stone, en su estudio de la revolución inglesa, hace uso de la famosa hipótesis sociológica de la "privación relativa", según la cual las revoluciones ocurren no tanto cuando los tiempos son malos, sino cuando se vuelven peores, o más exactamente, cuando hay una discrepancia entre las expectativas de un grupo y su percepción de la realidad.[28] De nuevo, Theda Skocpol sostiene que lo que tienen en común las revoluciones francesa, rusa y china (que distingue de revueltas menos exitosas) es la combinación de dos factores: las "presiones intensificadas" sobre el Estado de "países extranjeros más de-

[24] Sombart (1929); *cf.* Hicks (1969), cap. 1.
[25] Heckscher (1931), p. 1.
[26] Chayanov (1925); *cf.* Kerblay (1970).
[27] Hicks (1969), p. 42 y sigs.; *cf.* Burke (1986a), pp. 140-142.
[28] Stone (1972), pp. 18-20, 134; *cf.* Gurr (1970) y las críticas de Aya (1990), p. 30 y sigs.

sarrollados", y estructuras agrarias que "facilitaron grandes revueltas campesinas contra los terratenientes". Esos Estados quedaron atrapados entre "corrientes cruzadas", con una creciente competencia internacional por el poder, por un lado, y por el otro, las limitaciones impuestas a la respuesta gubernamental por la estructura política y económica de la sociedad.[29]

Volviendo a las comparaciones entre vecinos: con frecuencia los historiadores han tratado de generalizar sobre cambios institucionales en países vecinos, en un periodo determinado, acuñando frases como "las nuevas monarquías", "la revolución en el gobierno de los Tudor", "el surgimiento del absolutismo", "la revolución en el gobierno del siglo XIX", etc. Desde un punto de vista comparativo, todos esos cambios parecen más bien ejemplos locales de etapas de transición del tipo de gobierno que Max Weber llamaba "patrimonial" al tipo que denominaba "burocrático".[30] Esa distinción de Weber, que ha inspirado una considerable cantidad de investigación histórica en diferentes regiones, de América Latina a Rusia,[31] podría formularse como el contraste de cinco atributos, como sigue:

Sistema patrimonial	*Sistema burocrático*
1. áreas de jurisdicción indefinidas	áreas fijas
2. jerarquía informal	jerarquía formal
3. capacitación y pruebas informales	capacitación y pruebas formales
4. funcionarios de medio tiempo	funcionarios de tiempo completo
5. órdenes orales	órdenes escritas

También los historiadores sociales y culturales utilizan modelos. Los historiadores sociales, por ejemplo, emplean a menudo el término "clase", o comparan las "sociedades de clases" con las "sociedades de Estados" (véase *infra*, p. 76). A primera vista, la historia cultural parecería el terreno menos apto para el empleo de modelos, pero sin embargo, ¿qué son términos como "Renacimiento", o "barroco" o "romántico", sino los nombres de conjuntos de características? ¿Y qué tal "puritanismo"?

Parafraseando a Heckscher, podríamos decir que el puritanismo nunca existió en el sentido en que Richard Sibbes o John Bunyan existieron,

[29] Skocpol (1979); algunas críticas en Aya (1990), pp. 73-75, 90-92.
[30] Weber (1920), pp. 3, 956-1005.
[31] Phelan (1967); Pintner y Rowney (1980); *cf.* Litchfield (1986).

pero que el término resulta útil para hacer referencia a una constelación de características como la importancia acordada al pecado original, un Dios arbitrario, la predestinación, una moral ascética y una lectura fundamentalista de la Biblia. En el caso de Inglaterra a comienzos de la época moderna, esa definición precisa es sumamente útil. Por otra parte, cualquiera que esté interesado en la comparación transcultural (entre el cristianismo y el Islam, por ejemplo) haría bien en seguir el ejemplo de Ernest Gellner y operar con el concepto más amplio de "puritanismo genérico".[32] Del mismo modo, los historiadores están empezando a usar términos como "Renacimiento" o "Reforma" en plural, identificando un "renacimiento" en la Francia del siglo XII, una "reforma" en la Europa del siglo X, etcétera.

Una razón de la desconfianza de los historiadores por los modelos es la creencia de que su uso lleva a la indiferenciación del cambio en el tiempo. Esto ha ocurrido algunas veces. Weber, por ejemplo, fue criticado con justicia por ignorar el cambio, cuando escribió sobre el "puritanismo" como si ese sistema de valores se hubiera conservado uniforme, desde Calvino en el siglo XVI hasta Benjamín Franklin en el XVIII. Pero los modelos sí pueden incorporar el cambio. Modelos antitéticos pueden ser una manera útil de caracterizar procesos de cambio complejos, como por ejemplo del feudalismo al capitalismo, o de la sociedad preindustrial a la industrial (de "agraria" a "industrial").[33] Por supuesto que estas etiquetas son descriptivas y no dicen cómo ocurre el cambio, pero se han hecho intentos para identificar secuencias de cambio típicas, como en el caso del modelo o la teoría de la "modernización", que se examinará en detalle más adelante (p. 154).

Utilizar modelos sin admitir que se hace o sin tener conciencia de su posición lógica, ha conducido a algunos historiadores a dificultades innecesarias. Algunas polémicas célebres se han basado en la comprensión errónea por un historiador del modelo de otro: la famosa controversia entre sir Paul Vinogradoff y F. W. Maitland sobre el feudo medieval es un buen ejemplo. Vinogradoff dijo que:

> La estructura del feudo ordinario es siempre la misma. Bajo el mando del señor encontramos dos capas de población: los siervos y los propietarios y, en consecuencia, el territorio que ocupan se divide en tierras familiares [cuyo producto iba directamente al señor] y "tierras de tributo" [...] Toda la población se agrupa en una comunidad centrada en torno a la corte feudal o *halimote*, que es a la vez consejo y tribunal. Mi investigación se conformará necesariamente según este ordenamiento típico.[34]

[32] Gellner (1981), pp. 149-173.
[33] Riggs (1959).

Tal es el feudo medieval clásico, según el esquema dibujado en innumerables pizarrones. Sin embargo, Maitland afirmó –en una crítica igualmente clásica– que "describir un *manerium* típico es una hazaña imposible", y demostró que cada una de las características del conjunto identificado por Vinogradoff estaba ausente en algún caso. Algunos feudos no tenían siervos, otros no tenían propietarios, algunos no tenían tierras familiares, otros no tenían corte.[35] En todo esto, Maitland estaba absolutamente en lo correcto. En apariencia Vinogradoff no estaba seguro acerca de la posición lógica de sus generalizaciones (obsérvese el paso "de siempre" en la primera frase a "típico" en la última). Pero si hubiese tenido conciencia de que estaba utilizando un modelo, quizá habría sido capaz de dar una respuesta efectiva a las críticas de Maitland.

Es útil distinguir dos tipos de modelos según los criterios adoptados para definir qué entidades integran el grupo –en este caso los *manors*– al que se aplica el modelo. A este nivel es imposible evitar los términos técnicos, puesto que necesitamos distinguir un grupo de entidades "monotético" de uno "politético". Un grupo monotético es el que "se define de manera tal que la posesión de un solo conjunto de atributos es condición necesaria y suficiente para pertenecer a él"; el grupo politético, por otra parte, es aquel cuya pertenencia no depende de un solo atributo: se define en términos de un conjunto de atributos tal que cada entidad posee la mayoría de los atributos y cada atributo es compartido por la mayoría de las entidades.[36] Es la situación que Ludwig Wittgenstein describe en un famoso pasaje sobre los "parecidos de familia". Las madres y los hijos, los hermanos y las hermanas se parecen, pero esos parecidos pueden no ser reducibles a ninguna característica esencial.

A ese punto debería estar claro que la crítica de Maitland a Vinogradoff suponía que este último estaba hablando de todos los *manors* o definiendo el *manor* típico con referencia a un grupo monotético. Vinogra-

[34] Vinogradoff (1892), pp. 223-224.
[35] Maitland (1897).
[36] Clarke (1968), p. 37; *cf.* Needham (1975).

doff podría haber respondido a esa crítica diciendo que su modelo era politético, si hubiera tenido ese concepto a su disposición. Entonces le habría correspondido demostrar que cada uno de los atributos de su conjunto era compartido por la mayoría de los *manors*. Es interesante saber que un historiador soviético utilizó métodos comparativos para estudiar *manors* del siglo XIII en la región de Cambridge y descubrió que más de 50% de ellos eran del tipo descrito por Vinogradoff, con tierras familiares, siervos y propietarios.[37] Ahora debemos regresar a los puntos fuertes y a las debilidades de los métodos cuantitativos.

LOS MÉTODOS CUANTITATIVOS

Los métodos de investigación cuantitativos tienen una larga historia. En la antigua Roma se hacían censos del imperio con regularidad, y en la Francia del siglo XVIII se publicaban los precios del trigo en diferentes ciudades. Hace mucho tiempo que los economistas basan sus análisis en estadísticas sobre precios, producción, etcétera, y los historiadores económicos ya seguían su ejemplo en el siglo XIX.

Lo que sí es relativamente nuevo y sigue siendo controvertido es la idea de que los métodos cuantitativos pueden ser útiles en el estudio de otras formas de comportamiento humano, e incluso de actitudes. Los sociólogos, por ejemplo, realizan lo que llaman "análisis por muestreo" aplicando cuestionarios o sosteniendo entrevistas con un grupo de personas suficientemente grande para que las respuestas puedan ser sometidas a un análisis estadístico. Los psicólogos también utilizan cuestionarios y entrevistas. Los estudiosos de la política estudian las estadísticas de votación –este enfoque ha sido llamado "psefología"– y las encuestas de opinión pública, que son una especie de estudio social. Los demógrafos estudian variaciones en las tasas de nacimientos, matrimonios y defunciones en diferentes sociedades. Los estudiosos de la comunicación practican lo que se llama "análisis de contenido", que con frecuencia adopta la forma de un estudio cuantitativo de periódicos, revistas, libros o programas de televisión, examinando cuánto espacio se dedica a un tema en particular, con cuánta frecuencia aparecen determinadas palabras clave, etcétera.[38]

[37] Kosminsky (1935).
[38] Carney (1972).

Estos caminos han sido seguidos por una serie de historiadores. Cuando Gilberto Freyre estaba escribiendo su historia de Brasil del siglo XIX envió un cuestionario a muchos sobrevivientes de aquella época (incluyendo al presidente Getúlio Vargas, quien no respondió).[39] Los especialistas en historia contemporánea suelen entrevistar a informantes, y a veces someter esas entrevistas al análisis estadístico. Los métodos de análisis de contenido o "lexicometría" han sido aplicados a documentos históricos, como los periódicos o las listas de quejas redactadas por las ciudades y los pueblos al inicio de la revolución francesa.[40] El estudio de la demografía histórica se ha desarrollado en Francia y en otros lugares como una empresa en que colaboran historiadores y demógrafos. No es preciso decir que la aparición de la computadora personal ha estimulado mucho a los historiadores a utilizar los métodos cuantitativos al liberarlos de la necesidad de perforar tarjetas, consultar programadores y demás.[41]

Pero hay más de un método cuantitativo, y unos son más adecuados para los historiadores que otros. Algo hecho a su medida es el análisis estadístico de una serie que muestra, por ejemplo, los cambios en el tiempo del precio del trigo, o la edad promedio de las mujeres en el momento de su primer matrimonio, el porcentaje de votos favorables al Partido Comunista en las elecciones de Italia, el número de libros en latín presentados para la venta en la feria anual de Leipzig o la proporción de la población de Burdeos que toma la comunión el domingo de Pascua. Esto es lo que los franceses llaman "historia serial" (*histoire sérielle*).

Sin embargo la "cuantohistoria" o "cliometría", como se la llama, adopta diversas formas. En el caso del análisis histórico por muestreo es preciso hacer una distinción obvia entre los estudios amplios y los totales. El Senado romano y el Parlamento inglés han sido estudiados a través de las biografías de todos sus miembros, método conocido como "prosopografía".[42] En esos casos se ha estudiado todo el grupo, la "población total", como dirían los estadísticos. Este método es apropiado para el estudio de elites relativamente reducidas o de sociedades donde la información es escasa, de modo que en esos campos los historiadores deben recoger todos los datos que puedan.

[39] Freyre (1959).
[40] Robin (1970).
[41] Por los procesos en marcha en este importante campo, véanse los últimos números de la revista *History and Computing*.
[42] Stone (1971).

Los historiadores de sociedades industriales tienden, por otra parte, a tener acceso a más información de la que pueden manejar, de modo que tienen que proceder por muestras. La técnica de las muestras fue desarrollada por los estadísticos desde fines del siglo XVII con el objeto de estimar, por ejemplo, la población de Londres o de Francia, sin incurrir en el esfuerzo y el gasto de un estudio completo. El problema consiste en seleccionar un grupo que "represente" a la población total. Gilberto Freyre, por ejemplo, trató de encontrar mil brasileños nacidos entre 1850 y 1900 que representaran los principales grupos nacionales y regionales de la nación, aunque no explicó por qué método seleccionó esa muestra. Paul Thompson escogió a 500 eduardianos sobrevivientes con base en una "cuota de muestreo" que daba la proporción de hombres y mujeres, residentes de la ciudad y del campo, del norte y del sur, etc., similar a la imperante en el país en la época (según podía estimarse con base en el censo).[43]

Otros métodos cuantitativos son más complejos. La llamada "nueva historia económica", por ejemplo, difiere de la antigua por la importancia que da a la medición del desempeño de economías enteras, el cálculo del producto nacional bruto en el pasado, especialmente para los países occidentales desde 1800, cuando las estadísticas pasaron a ser relativamente abundantes y más dignas de confianza que antes.[44] Las conclusiones de estos historiadores se presentan a menudo en forma de un "modelo" de la economía.

Para un ejemplo sencillo podemos acudir a Fernand Braudel, quien describió la economía del Mediterráneo en la última parte del siglo XVI como sigue. Población: 60 millones. Población urbana: 6 millones o 10%. Producto bruto: 1 200 millones de ducados por año, o 20 ducados por cabeza. Consumo de cereales: 600 millones de ducados, la mitad del producto bruto. Pobres (definidos como los que tenían un ingreso de menos de 20 ducados por año): 20-25% de la población. Impuestos gubernamentales: 48 millones de ducados, o dicho de otro modo, menos de 5% del ingreso promedio.[45]

Esta descripción general es un modelo en el sentido de que Braudel (como él mismo lo admite) no disponía de estadísticas para toda la región, sino que tuvo que extrapolar a partir de datos parciales que no

[43] Freyre (1959); Thompson (1975), pp. 5-8.
[44] Temin (1972).
[45] Braudel (1949), 2a. parte, cap. 1, sección 3.

constituían una muestra en el sentido estricto del término. Los historiadores de economías industriales, trabajando con datos relativamente abundantes y precisos, construyen modelos matemáticos que pueden expresarse en forma de ecuaciones, modelos que son semejantes a recetas en el sentido de que es posible especificar la cantidad de insumos (mano de obra, capital, etc.) para determinada producción. Esos modelos pueden probarse por medio de la simulación en computadora, donde "la computadora construye una serie de acontecimientos hipotéticos al azar pero de acuerdo con probabilidades determinadas".[46]

Algunos tipos de historia serían imposibles sin los métodos cuantitativos, en primer lugar el estudio de los movimientos de los precios y de la población. El empleo de estos métodos en algunas partes de la disciplina impulsa a otros historiadores a detenerse antes de emplear términos como "más" o "menos", "ascenso" y "caída", y preguntarse si existen datos cuantitativos que apoyen las que son, implícitamente, afirmaciones cuantitativas. Este enfoque da más fuerza a las comparaciones, haciendo evidentes las semejanzas y diferencias entre dos sociedades, y también las posibles correlaciones entre, por ejemplo, el grado de urbanización y el de alfabetización en cada una de ellas.

Pero estos métodos están lejos de ser aceptados por todos. En las décadas de 1950 y 1960, sus defensores estaban llenos de confianza en sí mismos y se mostraban agresivos, criticando cualquier otro enfoque como "meramente impresionista", utilizando el lenguaje de la ciencia (el salón empleado para el análisis de contenido de textos solía llamarse "laboratorio") y afirmando que los historiadores no podían hacer otra cosa que aprender a programar computadoras. Esa actitud ha cambiado a medida que han ido haciéndose evidentes las limitaciones de los distintos métodos cuantitativos.

En primer lugar, las fuentes no son tan precisas ni tan objetivas como se solía suponer. No es difícil demostrar que cualquier censo contiene errores y omisiones, y más en general que muchas de sus categorías básicas ("sirvientes", "ciudadanos", "pobres", etc.), por útiles que puedan resultar en determinado momento, son imprecisas.[47] Las clases sociales, por ejemplo, no son algo objetivo como las diversas especies de plantas. Tienen mucho que ver con las formas estereotipadas en que los grupos se ven a sí mismos o a otros (véase *infra*, p. 73).

[46] Wachter, Hammel y Laslett (1978), pp. 1-2.
[47] Burke (1987), pp. 27-39.

Pero la gran dificultad para quienes utilizan métodos cuantitativos es el famoso problema de la diferencia entre los datos "duros", que son medibles, y los "blandos" que no lo son. "Con demasiada frecuencia –observa tristemente un veterano de los estudios sociales– los datos blandos son los valiosos, y los duros los que se obtienen con relativa facilidad." Por tanto, el problema es hallar "datos duros que sean dignos de confianza como buenos índices de datos blandos".[48]

Un índice puede definirse como algo medible relacionado con, o que varía de acuerdo con, algo que no es mensurable (los términos técnicos son "correlación" y "covariación"). Los sociólogos se han mostrado sumamente ingeniosos en su búsqueda de índices. En la década de 1930, por ejemplo, un sociólogo estadunidense afirmó que el mobiliario de la sala de una familia determinada estaba generalmente correlacionado con los ingresos y ocupaciones de sus miembros, de modo que podía ser considerado como un índice del estatus social de esa familia. En la "escala de sala", un teléfono o una radio, por ejemplo, tiene un valor alto (+8), mientras que un despertador tiene un valor muy bajo (-2).[49] Subsiste el problema de si el ingreso y la ocupación son índices exactos (antes que vagos indicadores) del "estatus", que de por sí es un concepto bastante impreciso.

De nuevo, lo que a primera vista parece un índice puede tener sus propias reglas de variación. Por algún tiempo los historiadores de la alfabetización creyeron que una firma en un registro de matrimonios, por ejemplo, era un buen índice de la capacidad de leer, aunque no de la capacidad de escribir algo más. Recientemente han surgido dudas. Se ha señalado que algunas personas capaces de leer no eran capaces de firmar (porque algunas escuelas enseñaban a leer pero no a escribir), e incluso que algunas personas que sabían escribir, firmaban a veces el registro de matrimonio con una cruz para no avergonzar a un cónyuge analfabeto. Estas objeciones no son insuperables, pero de nuevo iluminan las dificultades que existen para pasar de los datos duros a los blandos.[50]

Los sociólogos de la religión han tenido que enfrentar un problema aún más agudo, el de hallar índices para medir la intensidad o la ortodoxia de una creencia religiosa. En el mundo cristiano han tendido a sujetarse a las cifras de asistencia a la iglesia, o en países católicos como Francia o Italia, al número de personas que comulgan en la Pascua. Un ingenioso historiador francés trató incluso de calcular la declinación de la devoción en Provenza en el siglo XVIII por la disminución del peso de las velas encendidas ante las imágenes de santos.[51] Es indudable que las estadísticas de este tipo tienen una historia que contar, puesto que varían tanto de una región a otra y cambian tanto, a veces muy repentinamente, en el tiempo.

[48] Wootton (1959).
[49] Chapin (1935).
[50] Schofield (1968); Furet y Ozouf (1977).

Si los historiadores son capaces de descifrar esa historia es otro problema. El surgimiento de la "historia desde abajo", una empresa dedicada a la recuperación del punto de vista de personas comunes del pasado, ha arrojado algunas dudas acerca de la utilidad de los índices basados en criterios oficiales. Si vamos a emplear las estadísticas de la comunión para estudiar la intensidad de la devoción en una región determinada, entonces necesitamos saber (entre otras cosas) qué significaba para los interesados la práctica de la comunión de Pascua. Es difícil estar seguro de si los campesinos de la región de Orléans en el siglo XIX, por ejemplo, compartían el punto de vista clerical ortodoxo acerca de la importancia de cumplir con el "deber pascual". Si no lo compartían, no es posible tomar la falta a la comunión como un índice de descristianización. Tomar la temperatura religiosa de una comunidad, saber si es ardiente, fría o tibia, no es sencillo. Y los problemas para deducir actitudes políticas de las cifras de votación son del mismo orden. El concepto mismo de "serie" es problemático, puesto que depende de la premisa de que el objeto de estudio (testamentos, precios de los granos, asistencia a la iglesia o lo que sea) no varía en el tiempo en forma, significado, etc. ¿Cómo es posible que esos documentos o prácticas no varíen a largo plazo? Pero, ¿cómo se puede medir el cambio si el propio instrumento de medición está cambiando?

Por razones de este tipo, entre otras, en los últimos veinte años ha habido una reacción contra los métodos cuantitativos en el estudio del comportamiento humano, y más aún contra las afirmaciones grandiosas que antes se hacían sobre ellos. Pero no hay que exagerar la intensidad de esa reacción. El uso de la prosopografía por los historiadores está quizá más extendido hoy que nunca antes, y sería difícil negar el valor de la reconstitución familiar o del intento de comparar el producto nacional bruto en diferentes periodos del pasado. Sin embargo, al mismo tiempo hay una búsqueda de nuevos enfoques, debido en parte a que la etnogra-

[51] Le Bras (1955-1956); Vovelle (1973).

fía, donde el uso de métodos cuantitativos siempre ha sido mínimo, ha pasado a ser un modelo que algunos sociólogos e historiadores aspiran a seguir. Ese enfoque etnográfico está asociado con el estudio en profundidad de la pequeña escala.

EL MICROSCOPIO SOCIAL

Igual que los sociólogos, los historiadores sociales de las décadas de 1950 y 1960 utilizaban generalmente métodos cuantitativos, se interesaban por las vidas de millones de personas y se concentraban en el análisis de las tendencias generales, observando la vida social "desde el doceavo piso".[52] Pero en la década de 1970, algunos de ellos dejaron el telescopio por el microscopio. Siguiendo a los antropólogos sociales, los sociólogos empezaron a prestar más atención al análisis microsocial, y los historiadores a lo que ha llegado a ser conocido como "microhistoria".

Dos estudios célebres hicieron mucho por poner en el mapa la microhistoria: *Montaillou,* del historiador francés Emmanuel Le Roy Ladurie, y *El queso y los gusanos,* del historiador italiano Carlo Ginzburg.[53] Los dos se basan esencialmente en documentos de los interrogatorios de presuntos herejes por la Inquisición, documentos que Ginzburg comparó con cintas de video por el gran cuidado con que se registraban no sólo las palabras de los acusados sino también sus gestos e incluso sus gemidos bajo la tortura. También se ha hecho algunas veces la comparación entre el inquisidor y el antropólogo, ya que ambos son extraños de alto rango que dirigen preguntas a personas comunes, cuyo sentido es a menudo difícil de entender para estas últimas.[54]

El libro de Ginzburg puede ser considerado como un caso extremo del método microhistórico, puesto que intenta reconstruir las ideas, la visión del cosmos de un solo individuo: un molinero del noreste de Italia en el siglo XVI, conocido como "Menocchio". Le Roy Ladurie, por su parte, describe una aldea del sur de Francia a comienzos del siglo XIV. Observó que no menos de veinticinco sospechosos de herejía interrogados por la Inquisición provenían del pueblo de Montaillou, y decidió utilizar sus declaraciones para hacer un estudio del pueblo mismo examinando la

[52] Erikson (1989), p. 532.
[53] Le Roy Ladurie (1975); Ginzburg (1976).
[54] Rosaldo (1986).

economía pastoril de la región, la estructura de la familia, la posición de las mujeres y las concepciones locales del tiempo, el espacio, etcétera.

Después de esos famosos y controvertidos estudios de Le Roy Ladurie y Ginzburg se ha producido toda una serie de microhistorias. Algunas de las más interesantes se concentran en lo que podríamos llamar un "drama social", como un proceso o un acto de violencia. Por ejemplo la historiadora estadunidense Natalie Davis escribió sobre un proceso famoso del siglo XVI en Francia, en que un campesino fue acusado de ocupar el lugar de otra persona (véase *infra,* p. 189). Otro historiador estadunidense, Wyatt-Brown, inspirado por Geertz, describió un linchamiento en Natchez, Mississippi, en 1834, analizándolo como un acto de "justicia popular" contra un hombre que había asesinado a su esposa como "un drama moral en que las acciones hablaron un lenguaje que revelaba pasiones interiores y valores sociales intensamente sentidos", en particular el sentido local del honor.[55]

Otro ejemplo bien conocido de este enfoque es el estudio del pueblito de Santena, en el Piamonte, por Giovanni Levi. Levi analiza el proceso del cura de la parroquia, Giovan Battista Chiesa (acusado de haber empleado métodos heterodoxos de exorcismo) como un drama social que revela los conflictos que dividían a la comunidad, principalmente la lucha entre dos familias y sus respectivos partidarios, y destaca la importancia de lo que llama "herencia inmaterial", sosteniendo que el poder espiritual de Chiesa era otra forma del dominio ejercido por la familia.[56]

El aumento del interés por la microhistoria ha estado muy asociado con el descubrimiento de los historiadores del trabajo de los antropólogos sociales. Le Roy Ladurie, Ginzburg, Davis y Levi han leído mucha antropología social. El método microhistórico tiene mucho en común con los estudios de comunidad emprendidos por antropólogos como Robert Redfield en los años treinta, o el "estudio de caso extendido" desarrollado un poco más tarde por Max Gluckman y otros. El primer estudio de comunidad histórico del tipo de Montaillou fue realizado por un antropólogo sueco, Borje Hansen, en la década de 1950.[57] El propio *Montaillou* sigue conscientemente el modelo de los estudios de comunidades de Andalucía, Provenza e East Anglia.[58]

[55] Wyatt-Brown (1982), pp. 462-496; cita de la p. 463.
[56] Levi (1985).
[57] Hansen (1952).
[58] Pitt-Rivers (1954).

El término "drama social" fue acuñado por el antropólogo inglés Victor Turner para referirse a un conflicto en pequeña escala que revela tensiones latentes en la sociedad en general y pasa por una secuencia de cuatro fases: ruptura, crisis, acción correctiva y reintegración.[59] Un ensayo que ejerció aún más influencia sobre los historiadores es el estudio de Clifford Geertz sobre la pelea de gallos en Bali. Utilizando el concepto de "juego fuerte [*deep play*]" de Jeremy Bentham (jugar "en serio", haciendo apuestas fuertes), Geertz analiza la pelea de gallos como "fundamentalmente, una dramatización de la preocupación por el estatus", y así pasa de lo que llama un "ejemplo microscópico" a la interpretación general de una cultura.[60]

Aun cuando su propia obra se ocupa sobre todo de las tendencias sociales en gran escala, Michel Foucault alentó los microestudios porque examinan el poder no sólo a nivel del Estado, sino también de la fábrica, la escuela, la familia y la cárcel, la "microfísica del poder", como la denominaba a veces describiendo el poder en las "formas capilares" en que "llega a las fibras mismas de los individuos, toca sus cuerpos y se inserta en sus acciones y sus actitudes, sus discursos, procesos de aprendizaje y vidas cotidianas".[61] "Micropolítica" es quizá el mejor término para describir este enfoque, aunque a veces esta palabra se emplea en estudios políticos con un significado ligeramente distinto.

Fue en la década de 1970 que el enfoque microhistórico atrajo una atención seria, tanto favorable como desfavorable. Algunos estudios de este tipo, en particular los de Le Roy Ladurie y Ginzburg, han resultado muy atractivos para el público en general, aunque el entusiasmo de los historiadores profesionales no ha sido tan grande. Sin embargo, curiosamente, hasta ahora no se ha hablado mucho de los problemas fundamentales que plantea el viraje de los estudios en gran escala a los estudios en pequeña escala. En consecuencia será necesario generalizar a partir de las críticas formuladas a algunas famosas contribuciones a la microhistoria y de las respuestas a esas críticas.[62]

Podríamos comenzar por la acusación de que los microhistoriadores trivializan la historia al estudiar biografías de personas insignificantes o dificultades de comunidades pequeñas. De hecho algunas de esas contribuciones han hecho poco más que lo que los periodistas llaman "historias de interés humano" sobre el pasado. Pero el objetivo de los microhistoriadores es, en general, más ambicioso intelectualmente: si no aspiran a mostrar el mundo en un grano de arena, sí se proponen extraer conclusiones generales de datos locales. Según Ginzburg, el molinero Menocchio es un portavoz de la cultura oral tradicional. Le Roy Ladurie presenta el mundo de la aldea medieval a través de su monografía sobre Montaillou, que él describe como una gota en el océano.

Esas afirmaciones plantean desde luego el tema de la tipicidad: ¿de qué grupo mayor se supone que el estudio de caso es típico, y con qué base se sostiene esa afirmación? ¿Montaillou es típico como pueblo mediterráneo, como pueblo francés o sólo como pueblo de la región de Ariège? ¿Puede ser considerado típico un pueblo que contenía tantos herejes? En cuanto a Menocchio, era sumamente independiente y, al parecer, considerado como excéntrico en su propia comunidad. Desde luego el problema no se plantea solamente para esos dos historiadores: ¿por qué medios los antropólogos trasmutan sus notas de campo (a menudo basadas en observaciones hechas en un solo pueblo) en descripciones de una cultura entera? ¿Sobre qué bases pueden justificar la afirmación de que las gentes con quienes estuvieron viviendo representan a "los nuer" o "los balineses"? En todo caso, el uso del microscopio social se puede justificar sobre una serie de bases. La selección de un ejemplo individual para su estudio en profundidad, puede ser determinada por el hecho de que representa en miniatura una situación que el historiador o el antropólogo ya sabe (por otros contextos) que impera. En algunos casos la microhistoria se asocia con métodos cuantitativos; los demógrafos históricos hacen a menudo estudios de caso de una sola familia, o utilizan la computadora para simular la vida de un individuo dentro de un sistema familiar determinado.

Por otra parte, un caso puede ser seleccionado para su estudio precisamente porque es excepcional ya que muestra mecanismos sociales que no funcionan: fue para examinar esa situación que el historiador italiano Carl Poni acuñó la frase "lo excepcional normal". El trágico destino del locuaz Menocchio nos dice algo sobre la mayoría silenciosa entre sus contemporáneos. Los conflictos abiertos pueden revelar tensiones sociales que están presentes todo el tiempo pero que sólo en ocasiones se hacen visibles. O bien los microhistoriadores pueden concentrar su atención, como Giovanni Levi, en un individuo, un incidente o una pequeña comunidad como un lugar privilegiado desde el cual observar las incoheren-

[59] Turner (1974).
[60] Geertz (1973), pp. 412-454, esp. pp. 432, 437: *cf.* Geertz (1973), pp. 21, 146.
[61] Foucault (1980), p. 39; *cf.* Foucault (1975) *passim.*
[62] Kocka (1984); Medick (1987).

cias de los grandes sistemas sociales y culturales, sus ambigüedades u omisiones, las grietas estructurales que dejan al individuo un pequeño espacio libre, como el de una planta que crece en una hendidura entre dos rocas.[63]

Hay que decir, sin embargo, que las inconsistencias de las normas sociales no siempre trabajan en beneficio de los individuos. Las dos rocas pueden aplastar a la planta. Como ejemplo de este problema podemos recordar un célebre incidente de la historia japonesa, un drama social que en su época interesó apenas a un grupo de personas pero que desde entonces nunca ha sido olvidado y ha sido representado muchas veces en el teatro y en el cine, debido a su carácter ejemplar y simbólico.

Se trata de la historia de "los cuarenta y siete *ronin*". A comienzos del siglo XVIII, dos nobles se pelean en la corte del *shogun*. El primero, Asano, considerándose insultado, saca la espada y hiere al otro, Kira. Como castigo por haber sacado la espada en presencia del *shogun*, Asano recibe la orden de suicidarse ritualmente. Los samurais a su servicio se convierten entonces en hombres sin amo, o *ronin*, y deciden vengar a su señor. Después de esperar lo suficiente para alejar las sospechas, una noche atacan la casa de Kira y lo matan y a continuación se entregan al gobierno. El gobierno por su parte se encuentra ante un dilema: esos servidores evidentemente han violado la ley pero, por otro lado, han hecho exactamente lo prescrito por el código de honor informal de los samurais según el cual la lealtad al propio señor es una de las principales virtudes, y el gobierno del *shogun* también defiende ese código de honor. La salida del dilema es ordenarles que se suiciden ritualmente igual que su señor, pero también para honrar su propia memoria.

El atractivo de esta historia para los japoneses, en su época y hasta ahora, tiene seguramente que ver con la forma en que pone de manifiesto (en forma dramática, en realidad) un conflicto latente entre dos normas sociales fundamentales. Dicho de otro modo, nos dice algo importante sobre la cultura Tokugawa. Si el movimiento microhistórico ha de escapar a la ley de los retornos decrecientes, es necesario que quienes practican la microhistoria digan más sobre la cultura general, y demuestren los vínculos entre las pequeñas comunidades y las tendencias macrohistóricas.[64]

[63] Levi (1985, 1991).
[64] Hannerz (1986); Sahlins (1988).

3. CONCEPTOS CENTRALES

El propósito principal de este capítulo es considerar el uso que los historiadores han hecho o podrían hacer del aparato conceptual creado por los teóricos sociales, o por lo menos –ya que es evidentemente imposible considerar en unas pocas páginas todos los conceptos que lo forman–, de los conceptos más importantes. Algunos de ellos, como "feudalismo" o "capitalismo", ya son a tal punto parte de la práctica histórica que no los examinaremos aquí. Otros, como "clase" o "movilidad social", son familiares para los historiadores, pero quizá no sean tan conocidas las controversias en torno a su uso. Otros aun, como "hegemonía" o "recepción", todavía son suficientemente novedosos para ser vistos como una especie de jerga privada.

Es frecuente que los historiadores acusen a los teóricos sociales de hablar y escribir en una "jerga" incomprensible. Posiblemente los intelectuales ingleses son más propensos que la mayoría a acusarse recíprocamente de ese pecado, debido a la supervivencia de la tradición del *gentleman* aficionado. En esos casos "jerga" no significa mucho más que los conceptos de la otra persona. Debemos suponer que toda desviación del lenguaje ordinario necesita justificación, porque hace más difícil la comunicación con el lector general.

De todos modos subsiste un mínimo de términos técnicos de la teoría social que los historiadores harían bien en adoptar. Algunos de ellos no tienen equivalente en el lenguaje ordinario, y por falta de una palabra que lo designe podríamos pasar por alto un aspecto particular de la realidad social. Otros términos tienen una definición más precisa que la de sus equivalentes del lenguaje ordinario y, por tanto, permiten distinciones más finas y un análisis más riguroso.[1]

[1] Erikson (1989).